

Adiós: os escribo en la cama, de la que casi no salgo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

31 de Enero de 1774.

Tan pronto como recibí la carta en que mi querido ángel me ordena que le envíe los *Fragments indous et français* con sobre á M. de Sartine, me apresuré á tomarme esta libertad con confianza. El paquete va confiado á la aventura. Más vale tomarse alguna libertad con M. de Sartine, que con el hipopótamo.¹ No concibo cómo han podido anunciar en París, bajo mi nombre, la *Sophonisbe*, de Mairet. No he dado nunca esta obra sino como de Mairet, algo retocada, para excitar á los jóvenes á que refundan las hermosas piezas de Corneille, tales como *Atila*, *Agésilao*, *Pertharite*, *Teodora*, *Pulqueria*, *el Vellocino de Oro*, etc. Al dar *Sophonisbe* con mi nombre, han despertado á la canalla. Soy de parecer que no hay que precipitar la retirada, ni dejar languidecer las representaciones, sino adoptar un justo medio, á fin de que Le Kain no se vea defraudado.

Persisto en creer que Beaumarchais no ha envenenado á nadie, y que un hombre tan alegre no puede ser de la familia de Locusta.²

1. M. de Voltaire designa á Marin con este mote, tomado de las *Memorias* de Beaumarchais.

2. Esta opinión de Voltaire produjo en su tiempo un anécdota bastante divertida. Si la mencionamos aquí, es porque pinta á la vez la época, las costumbres y los caracteres. Representaban en el Teatro Francés *Eugenia*. Un elegante de las lunetas, después de haber hecho pedazos la pieza, la emprendió con el autor. Entre otras cosas refirió que, habiendo comido aquel mismo día en casa del señor conde de Argental, había oído leer una carta

Me hallo muy apurado con mis genoveses y mi marqués de Viale. ¡Dios os preserve de pretender fundar jamás una colonia! Es una empresa terrible, y el mismo Terray se vería en un gran apuro.

Beso las alas de mis ángeles.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

9 de Febrero de 1774.

Me lisonjeo, querido amigo, con la esperanza de que madama de Florián no se verá reducida á guardar cama como yo; hace largo tiempo que no salgo de la mía sino á las ocho de la noche. Es de esperar que nuestro canario volverá en la primavera á animar su jaula de Ferney, que tanto habéis embellecido y que jugueteará con las flores que habéis plantado.

En cuanto á mi enfermedad, es incurable, pues data

de Voltaire, el cual se obstinaba, no se sabe por qué, en que el tal Beaumarchais no había envenenado á sus tres mujeres. Pero, añadió, este es un hecho que no admite duda entre los señores del Parlamento.

El hombre á quien dirigía la palabra hacía señas con la mano, riendo á sus vecinos para que no lo interrumpiesen; todos se levantaron, y él respondió friamente: «Estan cierto, caballero, que ese miserable á envenenado á sus tres mujeres, á pesar de que no ha estado casado más que dos veces, que se sabe además en el Parlamento Maupeou, que se ha comido á su buen padre en salmorejo, después de haber ahogado á su madre, y estoy tan seguro de ello como que yo soy el mismo Beaumarchais, que os haría prender en el acto, para lo cual me sobran testigos, si no echase de ver por vuestro aire de espanto que no sois uno de esos astutos malvados que fraguan semejantes atrocidades, sino uno de esos habladores que sirven para propagarlas, con gran peligro de sus personas.»

Todo el mundo aplaudió, y el protagonista se apresuró á desaparecer sin pedir que le devolvieran el dinero.

de ochenta años; es un mal que me impide á veces ser tan exacto como yo quisiera en mi correspondencia. He terminado mi carrera, mientras que el canario está en la mitad de la suya. Aún podéis esperar hermosos días, mientras que á mí sólo me quedan que soportar dos ó tres tristes noches. Todos pasamos como sombras; nuestra vida es como un puesto de ministro en Versalles; hoy somos algo y mañana nada.

El cese de monsieur de Monteynard ha cortado la cabeza y el bolsillo á nuestro vecino Dupuits. Este ministro le había empleado dos años seguidos sin pagarle; ha tenido que pedir prestado para seguir sirviendo, y ahora se ve arruinado. Cuando una roca cae arrastra consigo en su caída multitud de piedrecillas. No hay que contar con nada más que con las legumbres de su huerto y aun no es siempre seguro.

Si está uno descontento con la tierra, no son más agradables las aventuras del mar y, por más que diga Labat, el barco l'*Hercule* no traerá sino quimeras. Veo que la resignación es lo único que puede consolarnos en éste, que es el mejor de los mundos posibles.

Contaba con que el año pasado iría Mustafá á pasar el carnaval en Venecia con Cándido, pero me he equivocado de medio á medio. Si todos los ministros que han caído en mi tiempo tuviesen que ir á alojarse en Venecia en la misma hostería, la plaza de San Marcos no sería suficientemente grande para que pudiesen cenar en ella.

He recibido todo lo que me habéis enviado de Abbeville. No se puede hacer más de lo que se ha hecho en la última edición, que es perfecta. Han hecho justicia á monsieur Belleval, y el público no se cuida de ello. Todo pasa, todo se olvida y todo se anonada. El diluvio dió mucho que hablar en otro tiempo, y ahora sólo ha-

blan de él para burlarse. Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Os ruego que consideréis como una realidad mi cariñoso afecto hacia vos y hacia el canario.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

25 de Febrero de 1774.

Hace largo tiempo, mi querido ángel, que quería escribiros y no he podido: he tenido un violento ataque de mis achaques ordinarios, que se han vuelto extraordinarios. No he llamado al médico: se muere uno con ellos y se cura sin ellos. Ahora, que respiro algo mejor, leo la cuarta serie de las *Memorias* de Beaumarchais, es preciso que os abra mi corazón.

Hace largo tiempo que el señor marqués de Condorcet me había abierto algo los ojos acerca de Marin, y hasta me había inspirado algunas inquietudes, suplicándome, con las más vivas instancias, que no le escribiese nunca por conducto de semejante corresponsal. Monsieur de Condorcet me hablaba de este hombre precisamente lo mismo que habla Beaumarchais. Es-tando así las cosas, me escribisteis que Marin era la única causa del funesto contratiempo que sufrí con las *Leyes de Minos*, contratiempo que echó á tierra todas mis esperanzas. En efecto, no es posible dudar que fué Marin el que vendió la mala copia al librero Valade.

Ya véis en qué precipicio me ha hecho caer esta perfidia mercenaria. Ya tenía sospechas de sus maniobras y de su avidez por las quejas que me dirigió acerca de que habíais tenido á bien repartir entre él y Le Kain el producto de no sé qué tragedia. Ahora todo lo veo claro. Hasta recuerdo que M. de Sartine estaba

al corriente de todo cuando me aconsejó que no llevase adelante el asunto de Valade y que no exigiese que nombrase al traidor: todo esto me abruma. Veo siempre con horror de qué son capaces ciertos literatos. Estoy sumamente afligido.

Beaumarchais me enviaba sus *Memorias*, y yo ni siquiera le daba las gracias, no queriendo que Marin, de quien no tenía aún sospechas, y á quien seguía confiando todos mis paquetes, pudiese echarme en cara el hallarme en correspondencia con su enemigo. Debo deciros, además, que Marin era muy bien recibido en casa del primer presidente, por lo menos antes de aparecer la cuarta serie de las *Memorias*; así es que escribí á Madama de Sauvigny que no quería ni siquiera dar las gracias á Beaumarchais, porque Marin era mi amigo. Leo y releo esta cuarta serie; veo en ellas las imprudencias y la petulancia de un hombre apasionado, á quien hacen saltar, justamente irritado, y que parece por naturaleza muy divertido y muy elocuente. Todo lo que dice me persuade; desarrolla, sobre todo, el carácter y la conducta de Marin, y por el cuadro que traza de este hombre, confirma en todo lo que me habéis dicho ¹.

Me preguntáis cuál es el resultado de mi carta; he lo aquí: en primer lugar suplicaros que me digáis francamente lo que se piensa de Marin en Paris; y en segundo término que tengáis á bien comunicarme si es cierto que goza aún de gran crédito con el primer presidente y con M. de Sartine, y cuál es su situación con respecto al señor duque de Aiguillon. Podéis enteraros, y sólo á vos me atrevería á pedir semejante

1. Monsieur de Voltaire no conocía, ni aun de vista, á monsieur de Beaumarchais cuando escribió esta carta. — (Nota de Beaumarchais.)

cosa. No vayáis á decirme que soy demasiado curioso, porque os juro que tengo razón para serlo. El tal Marin me ha puesto el gorro varias veces. Se jactaba de salir triunfante en todo, y en realidad me protegía. En fin, tengo necesidad de que me déis todas esas noticias, mi querido ángel.

Estoy seguro de que no creéis los cuentos que circulan acerca de Beaumarchais, y que estáis tan desengañado como yo. Un hombre vivo, apasionado é impetuoso, puede dar un bofetón á su mujer, y hasta dos bofetones á sus dos mujeres, pero no las envenena.

Me atrevo á escribiros por el correo, porque no hay nada en esta carta ni en ninguna de las otras mías que pueda alarmar al gobierno; sólo hay algunos pasajes que podrían alarmar á Marin; pero si hay curiosos, no se lo irán á contar. Cambio de parecer, y me dirijo á monsieur Bacón, substituto del procurador general, que hará llegar esta carta á vuestras manos.

Mil cariñosos respetos á Madama de Argental.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIAN

7 de Marzo de 1774.

El octogenario de Ferney está enfermo y no puede escribir por su mano; el joven Wagniere está también enfermo y no puede prestar su mano al octogenario, que se ve obligado á recurrir á un tercero para preguntar cómo lo pasan en Montpellier; sigue abrigando la esperanza de ver á los dos viajeros en el mes de Abril. Monsieur de Florian debe saber, sin duda, que Goezmann y Beaumarchais han sido juzgados y que el público no está contento. En verdad, el público juzga en última apelación, pero sus sentencias sólo las ejecuta

la lengua. Por mucho que hable la gente, no hay más que obedecer ¹.

La Chalotais obedeció cuando los gendarmes le llevaron á la prisión de Loches, á la edad de setenta y cuatro años, orinando sangre y atormentado por el mal de piedra.

En cuanto á Madama de Montglat, á quien los gendarmes llevaban á Montpellier, para ir á llorar sus pecados en un convento, no obedeció. Durante la noche se apoderó del caballo de uno de los gendarmes, y se escapó á galope, en corsé y en enaguas blancas, llevando en una mano una cajita de diamantes, y en la otra las bridas. Se cree que esta esforzada amazona se ha refugiado en Ginebra.

El viejo enfermo no ha podido comer las perdices que monsieur de Florián ha enviado á Ferney; pero Madama Denis, más golosa que nunca, las ha encontrado excelentes. Hubiera querido que los dos viajeros de Montpellier las hubiesen comido en su compañía.

El correo se marcha; es preciso acabar esta carta y desear el pronto regreso de los dos amables viajeros.

1. Los jueces permanecieron reunidos desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche. Hubo muy acalorados debates, pero al fin triunfó el furor: monsieur de Beaumarchais fué amonestado. Monseñor el príncipe de Conti fué aquella misma noche á su casa á invitarle para que pasase el siguiente día en su domicilio, y le dejó un billete que terminaba con estas palabras:

« Quiero que vengáis mañana á mi casa; somos de una familia bastante ilustre para dar ejemplo á Francia de cómo debe tratarse á un gran ciudadano como vos. »

Tres días después toda la corte se había hecho inscribir en su casa.

(Nota de Beaumarchais.)

AL SEÑOR MARQUES DE FLORIÁN

Ferney, 16 de Marzo de 1774.

¡ Dichosos los que tienen salud si se dan cuenta de su felicidad! Todos nuestros vecinos, y lo mismo Madama Dupuits y yo, estamos en cama; cada uno se ve condenado en este mundo á su manera. Por mi parte, digo desde el fondo de mi caldera: ¿Cómo esta el canario? ¿Vendrá á vernos esta primavera? ¿Se quedará en la jaula de monsieur Lamure? He prestado la cuarta *filípica* de Beaumarchais en Ginebra, y seguramente no me la devolverán. Han impreso todo el proceso en Lyon, y podéis tenerlo por conducto de monsieur Vasselier. Beaumarchais tenía razón en todo y ha sido condenado. La sentencia no ha tenido más éxito en Paris que en Montpellier ¹.

La colonia prospera, pero yo estoy muy lejos de prosperar. Madama Denis sale en carroza para visitar á Madama Dupuits y Madama Racle, que están ambas en cinta. Madama Dupuits sufre mucho; pero, ¿quién no sufre, ya en el cuerpo, ya en el alma? Este mundo es un valle de miseria, como sabéis; la dicha no es más que un sueño, y el dolor una realidad; hace ochenta años que lo estoy experimentando. No he sacado en limpio otra cosa que resignarme y decirme que las

1. Esta sentencia fué casada por voto unánime, bajo Luis XVI, por la primera Cámara y la Tournelle reunidas, cuando se restableció en sus funciones el verdadero Parlamento. Monsieur de Beaumarchais, á quien se devolvieron sus derechos de ciudadano, fué llevado en triunfo por el pueblo desde la Cámara mayor á su carroza, en medio de un concurso de aplausos, deshecho en lágrimas y casi ahogado por la multitud.

(Nota de Beaumarchais.)

moscas han nacido para que se las coman las arañas, y los hombres para ser devorados por las penas. La de verse lejos de vos y del canario es muy grande para el viejo enfermo.

Á M. ROSSET

DEL TRIBUNAL DE CUENTAS, AUTOR DE UN POEMA SOBRE LA AGRICULTURA, DEDICADO AL REY.

Ferney, 22 de Abril de 1774.

Dispensaréis, sin duda, señor, el que, por mis continuas enfermedades y mi mucha edad, no os haya dado las gracias antes por el hermoso regalo con que me habéis honrado.

He leído con mucha atención vuestro poema sobre la Agricultura, hallando en él lo útil unido con lo agradable, la variedad necesaria y la dificultad casi siempre felizmente vencida.

Dicenme que no habéis cultivado nunca el arte que enseñáis. Yo lo estoy practicando desde hace más de veinte años, y seguramente no he de meterme á enseñarlo después de vos.

Me extraña mucho que en vuestro primer canto aconsejéis el método del inglés M. Tull, de sembrar por cuadros. Varios franceses han querido acreditar esta innovación; pero puedo aseguraros que es detestable, por lo menos en el clima que habito. Un hombre á quien han alabado largo tiempo los periódicos, y que no tenía de cultivador más que el título, se arruinaba sembrando por cuadros, y se veía obligado á pedir prestado dinero, mientras que su nombre brillaba en el *Mercurio*.

He roturado los terrenos más ingratos que sólo habian producido hasta hoy un poco de mala hierba; pero no aconsejaré á nadie que me imite, excepto á los monjes, porque sólo ellos son bastante ricos para soportar estos gastos inmensos y para esperar durante veinte años el fruto de sus trabajos.

He aquí por qué el ilustre y respetable M. de Saint-Lambert, á quien reconocéis el talento más distinguido, ha dicho muy justamente: « que ha hecho *Geórgicas* para los hombres encargados de proteger los campos y no para los que los cultivan; que las *Geórgicas* de Virgilio no pueden reportar ninguna utilidad á los campesinos; que dar á esta clase de hombres lecciones en verso acerca de su oficio, es un trabajo inútil; pero que siempre será útil inspirar á los que ocupan categoría superior á los labradores, la benevolencia y las consideraciones que se deben á tan útiles ciudadanos ».

Nada hay más exacto, caballero; podéis estar seguro de que si leyese á los aldeanos de mis aldeas los *Trabajos y los Días* de Hesíodo, las *Geórgicas* de Virgilio y las vuestras, no comprenderían una palabra. Es más; me creería obligado en conciencia á la restitución si los invitase á cultivar la tierra de Suiza como se cultivaba en otro tiempo cerca de Mantua.

Las *Geórgicas* de Virgilio serán siempre las delicias de los literatos; no á causa de sus preceptos, que son en su mayor parte la repetición inútil de las más groseras preocupaciones; no á causa de las impertinentes alabanzas y de la infame idolatría que prodiga al triunviro Octavio, sino á causa de sus admirables episodios, de su encantadora descripción de Italia y de aquel hermoso trozo de poesía y de filosofía que empieza por estos versos: *O fortunatos nimium, etc.*, sino tam

bién á causa de su terrible y conmovedora descripción de la peste, y por último, á causa del episodio de Orfeo.

He aquí por qué da M. de Saint-Lambert á las *Geórgicas* el epíteto de encantadoras, que parecéis condenar.

Haría mal, caballero, en quejarme de que os hayáis mostrado más severo conmigo que con M. de Saint-Lambert. Me echáis en cara haber dicho en mi discurso á la Academia, que no se podían hacer *Geórgicas* en francés. He dicho que nadie se atrevía á hacerlas; pero jamás he afirmado que no se pudiera hacerlas. Me he quejado de la timidez de los autores y no de su impotencia. He dicho en propios términos, que se habían encerrado las bellezas de la lengua en límites demasiado estrechos. Os he anunciado á la nación y me parece que no tratáis muy bien á vuestro precursor.

Paréceme que también os mostráis quejoso respecto de la poesía dramática, cuando decís que « la prosa ha tenido, por lo menos, tanta parte en la formación de nuestra lengua como la poesía de nuestro teatro; y que, cuando Corneille dió á luz sus obras maestras, ya habían escrito Balzac y Pellisson y estaba escribiendo Pascal ».

En primer lugar, no se debe contar á Balzac, ese escritor de frases ampulosas, que convirtió la naturalidad del estilo epistolar en sosas y rebuscadas declamaciones.

Con respecto á Pellisson, no había hecho nada antes del *Cid* y *Cinna*.

Las *Cartas provinciales* de Pascal no salieron á luz hasta 1654, y la tragedia de *Cinna*, hecha en 1642, fué representada en 1643. Por lo tanto, es evidente, caballero, que fué Corneille el primero que produjo verdaderamente hermosas obras en nuestra lengua.

Permitidme que os diga que no os está bien rebajar la poesía. Sería lo mismo que si M. d'Alembert y el señor marqués de Condorcet rebajasen las matemáticas: cada uno debe gozar su gloria. La de M. de Saint-Lambert consiste en haber enseñado á los poseedores de tierras á mostrarse humanos con sus vasallos; y á los ministros, á suavizar la carga de los impuestos tanto como pueda permitirlo el interés del Estado. Ha adornado su poema con episodios muy agradables y ha escrito con sensibilidad é imaginación.

Vos habéis unido la exactitud á los adornos, habéis luchado constantemente con las dificultades de la lengua y las habéis vencido. M. de Saint-Lambert ha cantado á la Naturaleza, de la que es apasionado, y vos habéis escrito para el rey. La Fontaine ha dicho:

On ne peut trop louer trois sortes de personnes:
Les dieux, sa maîtresse et son roi,
Esopo le disait, j'y souscris quant à moi.

Esopo no ha dicho eso nunca, pero qué importa¹.

AL SEÑOR MARQUÉS DE CONDORCET

4 de Mayo de 1774.

El viejo enfermo no puede escribir de propia mano ni valerse de la de su escribiente, que está también enfermo; se sirve de una mano extraña para deciros, señor marqués, que váis siendo el hombre más necesario de Francia. Habéis sabido sacar *aurum ex stercore Condamini*². Vuestro cargo de secretario formará época en los anales de la nación.

1. La Fontaine no ha puesto estas palabras en boca de Esopo, sino de Malherbe. Libro I, fábula XIV.

2. En su elogio de la *Condamine*.

Veo en todo lo que hacéis todas las flores del ingenio y todos los frutos de la filosofía; es el cuerno de la abundancia. Acudirán á oír vuestros elogios lo mismo que á las óperas de Rameau y de Gluck. La reputación que os habéis conquistado se halla muy por encima de los honores oscuros de alguna legión¹.

Todo el mundo conviene en que un escuadrón de caballería no puede immortalizar á nadie; yo puedo aseguraros que vuestros elogios de la Academia de Ciencias eternizarán á la Academia y al secretario. Sólo hay que sentir que el público desee que muera un académico cada semana para oiros hablar.

AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

31 de Mayo de 1774.

Cuando monseñor esté en su reino de Aquitania ó en su provincia de Richelieu ó en su pabellón de las Hadas, no tiene más que decirme: Levántate y anda; mi cadáver obedecerá. Me encuentro en un estado lamentable, pero no importa. No podré tener jamás el honor de comer en público á su mesa. Mi decrepitud y mis achaques no me lo permiten. Aun dudo mucho que os dignéis recibirme en particular. Estoy muy sordo y me dicen que mi héroe es algo duro de oídos. No importa, repito; me consolaré y olvidaré mi miseria para ocuparme de vuestra gloria y para dar testimonio de que sois un verdadero filósofo. Por esto hay que concluir. Ya os he dicho que vuestro duque de Epernon no lo era y que era hombre muy inferior á vos en todos sentidos. Os lo probaré cuando queráis. Tened

1. Véase *Británico*, acto I, escena II.

en cuenta, aunque no sois tan viejo como yo, que habéis visto seis generaciones, contando á Luis XIV, y que durante esas seis generaciones os habéis mostrado siempre del modo más brillante. Esta sola idea es un excelente apoyo para la filosofía. Aun cuando yo viviese ciento treinta y cuatro años como Juan Causeur, que acaba de morir en Bretaña, no me arriesgaría nunca á enviaros *Pegasos* y otras insulseces literarias de escaso mérito literario. Pero me atrevo á enviaros una pequeña oración fúnebre de Luis XV, compuesta por un académico de provincias, llamado Chambón. No hallaréis en ella ninguno de esos lugares comunes ni nada de esas declamaciones de que el público está ya harto; sólo veréis en ella la verdad. Ésta se admira extraordinariamente de hallarse en una oración fúnebre, y se admirará más aún de no desagradar. Tened, os ruego, en cuenta, que un solo académico hizo el elogio del difunto rey durante su vida, y que es un académico el primero que le ha alabado públicamente después de su muerte. Las alabanzas son algo restringidas; sólo así son verdaderas.

Este moderado panegirista no guarda rencor.

Pero su vano elogio y el mismo monarca caerán muy pronto en el olvido.

En otro tiempo, en circunstancias análogas, el gran Chambeln decía: Señores, el rey ha muerto, pensad en buscar otro amo. Ya se pensaba bastante en ello sin que él lo dijese. Por mi parte, monseñor, sólo pienso en seros adicto con el más cariñoso respeto hasta el último momento de mi vida.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

20 de Junio de 1774.

Mi querido ángel, el espíritu está pronto y la carne es débil. Si pudiese echar un pie detrás del otro, podéis estar seguro de que mis dos pies irían á vuestra casa. Hasta os habria llevado algunos frutos de mi retiro; porque soy como esos viejos árboles cuyo tronco va á perecer, y sin embargo conservan aún algunas ramas fecundas. Es un destino muy funesto que yo pueda y no pueda ir á veros; pero conservo aún la esperanza, á pesar de mis ochenta años y de todos mis achaques. Es verdad que estoy algo sordo, algo ciego y algo impotente, y que, para ayuda de costas tengo tres ó cuatro dolencias abominables; pero nada me quita la esperanza. Conservo aún este fondo de la caja de Pandora. No sé si Laborde posee aún este tesoro; se lisonjeaba con hacer representar su *Pandore*, cuando se vió aplastado por Gluck, y por la muerte de su protector.

Vos abrigáis, mi querido ángel, la muy justa esperanza de vivir largo tiempo, muy honrado y muy feliz, en compañía de Madama de Argental; no os abrumba ninguno de los males que salieron de la famosa caja. Vuestra suerte es de las más felices, y vuestra felicidad me sirve de consuelo.

Escribo á la Mariposa filósofa ¹ que es un fénix, en materia de amistad.

Me pongo á los pies de Madama de Argental. No duño que veréis con frecuencia al señor duque de Praslin; y como le creo más justo que su primo, os ruego

1. Madama de Saint-Julien.

os dignéis, cuando llegue el caso, hablarle de mi afecto inviolable.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

25 de Junio de 1774.

Os hago algunas infidelidades, señora, á causa de M. Delisle, pero también es cierto que él me fastidiaba grandemente cuando vos me tratabais con indiferencia. Me hablaba de vos, y vos no me deciais una palabra de él. Me hacía saber [que había estado en la Ópera para oír *Ifigenia*, y que habiais hallado detestables los versos, los recitados, las arias, la sinfonía y hasta las decoraciones. Nos ha enviado algunos trozos que han parecido muy buenos á mi sobrina, que es excelente música; pero como faltaba el acompañamiento, persisto en creer que no hay nada en el mundo, superior al cuarto acto de *Rolando* y al quinto de *Armida*. Estoy siempre por el siglo de Luis XIV, no obstante todo el mérito del siglo de Luis XV y de Luis XVI.

Al fin, señora, veo que os humanizáis conmigo. Me escribís, me suministráis motivo para escribir, y me enviáis muy lindos versos, que valen mucho más que una oda grandiosa. Os doy las gracias, y desearía saber de quién son. No tengo costumbre de recibirlos semejantes. Son de buen tono, y ya va siendo esto muy escaso.

En cuanto á vos, señora, os perdono el que no me hayáis nunca dado cuenta de nada, y que hayáis querido que os escribiese desde mi desierto, donde ignoraba todo lo que pasa en el mundo. Me escribiais á veces, cuatro palabras selladas con vuestro escudo de armas, en lugar de ponerme al corriente de los sucesos, omitiendo el sello.

M. Delisle ha sido más compasivo que vos; sin embargo, no os he abandonado. He hecho llegar á vuestras manos verdades vulgares en verso y prosa, cuando se ha presentado la ocasión, y seguiré haciéndolo siempre que ocurra.

No me dáis la menor noticia de los grandes sucesos que os rodean, y yo os escribiré todo lo que sepa en medio de mi soledad. Ya véis, señora, que soy más razonable que vos, y sin embargo, sois vos la que se queja.

• AL SEÑOR CABALLERO DELISLE

1 de Julio de 1774.

Vale cien mil veces más, caballero, estar en Chanteloup que en Mouzon. Vuestro viejo enfermo de Ferney, á quien habéis rejuvenecido con vuestras cartas, acabará muy tranquilamente su carrera en Ferney, aunque le instan á ir á curiosear por Paris. Mucho se alegraría de oír la *Ifigenia* de Gluck, pero no es hombre capaz de andar cien leguas por unas cuantas semicorcheas; y el miedo á las conversaciones tontas, á los quebraderos de cabeza, á las inutilidades y á la pérdida de tiempo, es superior en él á la afición á la música.

Cuando os halléis en medio de ese vasto torbellino, vuestras cartas me desquitarán, con ventaja, de la falta de todos los placeres que se buscan en medio del estrépito del mundo. Veré mejor sus tonterías por vuestros ojos que por los míos, que están muy debilitados á causa de mis ochenta años. Escribidme desde Paris y renuncio á ir allá.

Ya sabéis que no sois vos quien me ha puesto al corriente del estado de las cosas. Conozco algo la historia de Francia, pero no sabia nada de la época presente.

Sabia muy bien que el antiguo Parlamento, tutor de los reyes, había desterrado del reino á Carlos VII, uno de sus pupilos; que había hecho quemar en la plaza de Grève á la mariscalca Ancre, como hechicera; que pregonó, en cincuenta mil escudos, la cabeza de un Cardenal primer ministro; que los señores Culet, Gratau, Martinau, Crépin, Quatresous, Quatrehommes, etc., arrojaron dos veces de Paris á su pupilo Luis XIV, á su hermanito y á su pobre madre. Hasta sabia que pretendian ahorcarme por haber referido alguno de estos hechos en el siglo de Luis XIV. Bendigo á Dios y al que nos ha librado de tales señores, pero jamás le he visto, ni le conozco.

Cuando digo que le conozco, no me refiero á Dios, sino al hombre que nos ha librado de esos señores y de la venalidad de la justicia. Nunca le he pedido nada.

Sólo á un hombre en Francia he pedido favores, y todos me los ha concedido.

Vivo ó muerto, le conservaré un agradecimiento inquebrantable, le consideraré siempre como el primer hombre del Estado, aun cuando tuviese tantas Du Barry como concubinas tenía Salomón. Siempre he pensado de la misma manera, y si él duda de ello, le quiero tanto que no se lo quiero perdonar.

Dispensadme si os hablo de todo esto, pero mi corazón está tan lleno, que no puede menos de desbordarse.

No os diré nada de lo que se hace en Paris, porque probablemente allí no se sabe lo que se hace ni lo que se dice; y esperaré que estéis allá para recibir noticias exactas. Si tuviese la desgracia de ser rey, tendria seguramente la dicha de tomaros como primer ministro, porque sois el único que me decís la verdad. La mayor parte de los que me hacen el honor de escribirme, no

me dicen sino bagatelas ó rumores populares ó contradicciones.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

5 de Julio de 1774.

Me siento culpable respecto á vos; y tanto más culpable cuanto que, pensando absolutamente como vos, debía apresurarme á daros las gracias y á enviaros mi profesión de fe.

Si señor, me gustan más el *Tartufo* y el *Misántropo* que las comedias nuevas. Si, me atrevo á preferir á Racine á nuestros dramas, y considero á *Rolando* y *Armida* muy superiores á ciertas óperas. No pienso así porque tengo ochenta años, pues tenía el mismo gusto á los quince, y probablemente moriré impenitente. Veo que en todas las naciones del mundo las bellas artes no tienen más que una época de perfección: y pasado el siglo del genio, todo degenera á fuerza de ingenio.

Os agradezco muchísimo el que combatáis en favor del buen gusto; pero no conseguiréis que se aficionen de nuevo al vino de Borgoña individuos gastados que se emborrachan con mal aguardiente. Quédese esto entre nosotros, porque no hay que irritar á los borrachos; no entienden de razones ni de bromas.

Me dicen que tenéis un drama que se titula *El Vengativo*; pero no había más que representar á *Atreo*, que es el mayor vengador que se ha conocido jamás.

Contentaos con lo que os den; pasó ya el buen tiempo y se ha bebido el mejor vino. Ya sabéis, sin duda, que en el Evangelio daban siempre para los postres el vino más malo.

Dispensadme una vez más, os repito, el que tarde

tanto en escribiros. Soy el más descuidado de los hombres. Extravió todos mis papeles; voy como el siglo, y no sé lo que hago; pero sé muy bien lo que digo al renovaros la expresión de mi más respetuosa estima.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Julio de 1774.

Mi querido ángel: Más de un personaje de las tragedias de Corneille dice que se halla penetrado á la vez de alegría y de dolor. Esto me pareció en otro tiempo una especie de contradicción, ó por lo menos una idea demasiado rebuscada; pero comprendo ahora que puede haber algo de verdad en este galimatias. Vuestra carta del 27 de Junio me llena de placer; he aquí ahora mis dolores:

He emprendido un régimen que no me permite la menor fatiga; estoy extremadamente débil; mi pobre colonia exige mi presencia real, y tengo pendientes tres procesos por algunas yugadas de tierra. ¡Qué destino tan extraño el mío! Al cabo de veinticinco años de ausencia me preparaba á la felicidad de verme de nuevo entre mis dos ángeles, y veo que me es imposible partir por lo menos hasta dentro de dos meses. Por lo tanto, no podré gustar hasta Septiembre tan pura alegría.

AL SEÑOR CONDE CAMPI,

EN MÓDENA

Ferney, 8 de Julio de 1774.

Nardi parvus onyx eliciet cadum.

Hor., lib. iv, oda xii.

El *Diálogo de Pegaso y del viejo*, me ha valido, de vuestra parte, una carta que propondría á todos los